



Buenos Aires, 8 mayo 2/913

Sr. Sr. Miguel de Unamuno
Salamanca

Distinguido Doctor:

Como admirador de su talento y como lector asiduo de la correspondencia que Ud. dirige a "La Nación", me tomo la libertad de dirigirla estas líneas, rogando a Ud. que de ante manos se sirva disculparme.

En "La Nación" de ayer apareció su precioso artículo titulado "Conversación", y por el cual me permito felicitarle de veras. Es muy sabroso y está lleno de verdad.

Pero, aunque soy un pobre diablo en lo tocante a intelectualidad, pienso que Ud. no se ofenderá al manifestarle que siento mucho no estar de acuerdo con Ud. Sr. Unamuno, en uno de los pún-



tos de su lindísimo artículo, y que se refiere a esto que él dice:
"Falta deseamos lo mismo, y des-
esperados por no tener certidumbre
de que lo hayamos de conseguir, los
unos fingimos creerlo cierto y los otros
fingimos creerlo incierto! Y lo mis-
mo anhelan a Dios lo que le in-
vocan, que lo que le niegan, y ni
uno ni otro están seguros de nada
que importe"

Pienso que hay muchos que
afirman creer y en el fondo no
creen, y otros que dicen no creer,
pero creen.

Pero también existen mu-
chos que creen verdaderamente
lo que dicen creer, y que debida
a esa fe que no duda, es que
están en el pleno convencimiento
de estar seguros de lo que creen.

De modo que estos últimos
anhelan a Dios y no dudan por
un momento de su existencia, y de que
El se manifiesta espiritualmente



a sus corazones. Es la luz del Eterno que resplandere en medio de las tinieblas del alma.

Creemos, entonces, lo que no vemos, pero lo sentimos íntimamente en nuestras almas.

Ahora bien, tal vez, el Sr. Unamuno, que, para creer de ese modo, sería necesario estar en posesión de la verdad, y esta argumentación sería completamente fundada.

¿Cual es la base de esa fe para estar tan seguros de lo que no se puede demostrar, como se demuestran otras cosas de la vida?

La base de esa fe, el fundamento de esa creencia, es la Palabra de Dios. Se cree por la autoridad del que habla, toda vez que la Verdad suprema no puede faltar a la verdad.

Hablando humanamente de podremos decir que si Jesús revelado en los Evangelios no dijo la verdad, ¿quién la podrá decir?



El Cristo declaró terminante-
mente que la Palabra de Dios era
la Verdad. Luego, si damos
crédito al contenido de esa Palabra
en los escritos sagrados, no es po-
sible que la fe encuentre mejores
garantías. La fe que no tiene
seguridad no es una fe verdadera.
Volviendo a su artículo,
Sr. Unamuno, donde tanto habla
st. de los engaños recíprocos de la
foble humanidad, y con tanta razón,
no dudo que st. misma haciendo
en la pursuit de la verdad, los Evan-
gelios, hallaría la fe que necesi-
tamos para confiar en las pro-
mesas preciosas de Dios.
Reiterando mi solici-
tud de que se dignará disculparme,
me es grato saludar a st. con
toda Consideración y respeto.
P. Rios
(Evangelico, pero no Católico)